



Capítulo Nueve

**Florece en el Pasado
Congelado una Sola
Flor de Firme
Convicción**

ΛΖΞΘΓΑΔΤ

Συνερον οι λραι πο Νοτομην πο λα
Μαχη:sa++r:ινυεανουεα

Desde que nació, siempre fue así.

Lo que la bañaba era sangre escarlata fresca.

Lo que quedaba resonando en sus oídos eran los restos de gritos de desesperación.

En las interminables repeticiones de «conflictos», había arrebatado incontables vidas.

No sabía hacer otra cosa más que matar.

Solo podía sentir el dolor que se acercaba a la muerte.

Por eso, no le quedaba más opción que matar.

Porque morir dolía y daba miedo.

Golpeaba hasta matar, asfixiaba, degollaba, masacraba... tanto a humanos como a monstruos, sin importar quién fuera.

Superó numerosas muertes y causó aún más.

No sabía cuándo su corazón se había congelado.

Las lágrimas estaban secas desde el principio, y las emociones fueron lo primero que desapareció.

Quizás por eso, cuando se dio cuenta, todos le temían.

Todos estaban desesperados por matarla antes de ser asesinados por ella.

Su día a día estaba rodeado de muerte.

No un lugar donde hubiera una vida plena, sino un rincón enterrado en la fría muerte.

No comprendió que eso era lo mismo que «estar muerta» hasta mucho tiempo después.

En ese límite entre la vida y la muerte en el que ella se encontraba, no había nada.

No debía haber nada.

«No debes morir».

Sin embargo,

Esas palabras la salvaron.

Solo eso.

Solo eso no podía perderlo.

Prometió protegerlo.

Solo eso juró hacer.

—¡Detente, Elmina! ¡Por favor, basta ya!

Una voz cargada de urgencia y miedo se elevó.

Ante el panorama que se extendía frente a ella, Olna rompió en llanto y dejó que su garganta temblara, gritando desesperadamente.

—¡No los lastimes más!

Era una escena atroz.

Las chicas separadas de Argonauta habían sido completamente subyugadas por una sola asesina.

Feena, con un brazo roto y cubierta de sangre, yacía derrumbada en el suelo, mientras que Ryuulu, temblando de rodillas, apenas lograba mantenerse en pie frente a Elmina.

Elmina, con una mirada carente de emociones, similar a la de una muñeca, fijaba sus ojos en el elfo, sin volverse hacia su hermana que estaba detrás de ella.

—No puedo escucharte, Olna. Tranquila, Olna. Yo te protegeré.

—¡.....!

—Yo me encargaré de todo. —La resolución de Elmina, casi como una maldición, desbordaba una voluntad protectora que provocó que el miedo de Olna se convirtiera rápidamente en irritación.

—¡Te estoy diciendo que me escuches! ¡Has matado a cualquiera que se haya acercado a mí!

Esa irritación se transformó en indignación.

La opresiva y absurda bondad que Elmina imponía hizo explotar la ira y el resentimiento reprimidos de Olna.

—¿¡Protegerme!? ¡No me hagas reír! ¡El rey y tú solo quieren encerrarme en una «jaula dorada»!

—..... —Ante la acusación directa desde atrás, Elmina por primera vez bajó la mirada.

¿Era aquello el sufrimiento de no ser comprendida por alguien querido, o una culpa que no podía ignorar?

Fuera lo que fuese, la asesina, que antes no era más que una muñeca de matar, dejó traslucir por primera vez una emoción genuina: tristeza.

...En ese momento, el bardo, que había estado prestando atención a la conversación entre las dos, pareció darse cuenta de algo. Sus hombros se estremecieron y entrecerró los ojos, aunque Olna y las demás no notaron su reacción.

—...Aun así, te protegeré, —murmuró Elmina, como si exprimiera esas palabras desde lo más profundo de su ser—. Es el fin,

«Candidatos a Héroe». Junto con ese payaso, exhiban sus cadáveres en este oscuro laberinto.

—¡.....! —Feena y Ryuulu hicieron una mueca.

Despojada de su tristeza, la mujer regresó a ser la despiadada muñeca asesina.

La sentencia de muerte, inapelable, llenó de terror los rostros de Ryuulu y Feena.

—Mueran.

El intento de Olna por detenerla llegó demasiado tarde.

Un golpe letal y silencioso surcó el aire, dirigido directamente hacia el cuello de Ryuulu.

—...No permitiré que pase.

Sin embargo, alguien se interpuso.

La cabeza de un martillo de guerra, lanzada a una velocidad vertiginosa, impactó de lleno en Elmina, quien salió volando por el aire como si fuese una simple piedra lanzada con fuerza.

Elmina, con el rostro oculto por su velo, pero incapaz de disimular el asombro y el dolor, giró su cuerpo como una bestia y aterrizó en el suelo. Su mirada, cargada de furia, se dirigió inmediatamente al intruso.

—¡Tú...!

—¡¿Siguen vivos, elfos?! —gritó una voz conocida.

Desde el punto donde estaba Olna, aún más atrás, se escuchó aquella voz familiar. Ryuulu y Feena, al oírla, se giraron bruscamente.

—Eres tú...

—¡Garms!

A pesar de estar tan herido como ellos, Garms, el guerrero enano, se apresuró a llegar hasta ellos con su cuerpo aún lleno de vitalidad.

Al ver su figura, Ryuulu mostró sorpresa, mientras que Feena expresó alivio.

Después de haber derrotado a los imponentes dragones y seguir el rastro de sangre en el suelo, Garms finalmente se reunió con el grupo, deteniéndose frente a Elmina.

—¡Al fin los alcancé! ¡Pero, ¿qué demonios está pasando aquí?!

—¡Caímos en una trampa y nos separaron de Don Ar! ¡Para reunirnos con él, primero debemos deshacernos de esta mujer frente a nosotros! —respondió Ryuulu rápidamente mientras corría hacia Feena, quien se encontraba tambaleándose.

El bardo, ayudando a Feena a levantarse, observó cómo esta última sujetaba su brazo derecho roto y preguntaba:

—Garms, ¿y Yuri? Estaba contigo, ¿no es así?

—...Sufrió unas heridas, nada grave. Ahora está descansando. No es como los resistentes enanos; ¡es un delicado semihumano! —respondió Garms, con una breve vacilación que no permitió que la bondadosa Feena notara—. ¡Pronto nos alcanzará! ¡Mientras tanto, vamos a acabar con esta aquí y ahora! —añadió con determinación.

Las palabras firmes de Garms calmaron a Feena. Solo Ryuulu y Olna captaron el verdadero significado oculto tras sus palabras. Cerraron los ojos por un momento, pero pronto retomaron su concentración. Como él había dicho, lo más importante ahora era derrotar al enemigo frente a ellos.

—...Es inútil. Ni siquiera ese enano herido puede derrotarme, —dijo Elmina con frialdad.

—¡Bah! ¡Una simple asesina que solo puede atacar a traición no tiene derecho a hablar! —gruñó Garms con desprecio.

Las condiciones entre ambos eran abismalmente diferentes. Elmina apenas había sufrido daños, siendo su único golpe recibido el del martillo arrojado. Por otro lado, Garms había sido severamente

golpeado por los monstruos, y su martillo de guerra, su arma principal, no estaba con él.

Sin embargo, incluso sin armas, el cuerpo poderoso de un enano era su mayor recurso. Aunque Garms había decidido no usar su fuerza bruta contra nada que no fueran monstruos, en caso de necesidad, aún tenía la respetada espada ancestral de su clan. Y más importante aún, contaban con el apoyo de un artillero excepcional: la elfa.

Con las condiciones listas para un frente y retaguardia coordinados, Garms sabía que, aunque no le agradara la idea de usar la ventaja numérica, no tenía intención alguna de perder un combate cuerpo a cuerpo contra una asesina, sin importar las diferencias en sus heridas.

—...Parece que estás malinterpretando algo.

Sin embargo, la confianza de Garms como guerrero comenzó a albergar una leve pero certera «sensación de peligro». La mujer frente a él, desprendiendo una sed de sangre sin precedentes, le puso en alerta.

—Dominé las técnicas de asesinato después de llegar a la capital. Fue una necesidad. Pero las enseñanzas de mi despreciable tierra natal, la nación guerrera, no son tan débiles como estas.

Los ojos de Garms se abrieron de par en par al percatarse del cambio. Una sensación abrumadora llenó el aire, haciendo que el sudor corriera por las mejillas de Olna y Ryuulu. Feena, petrificada, miró con asombro cómo aquella mujer cambiaba su postura, como si por primera vez asumiera una «verdadera» actitud de combate.

—Mi mayor habilidad... es el enfrentamiento directo «a muerte».—En un instante, desapareció. No se trató del movimiento silencioso que había usado antes, sino de una pisada tan brutal que pulverizó las piedras del suelo, para aparecer de golpe frente a Garms.

Un giro acompañado de una patada lateral impactó con facilidad en el cuerpo del enano, lanzándolo por los aires.

—¿¡Gwaaahhh...!?

—¡¿Garms?!

El grito de Feena resonó al ver cómo el cuerpo de Garms cruzaba volando a una velocidad que sus ojos apenas podían seguir, estrellándose lejos detrás de ellos.

Viendo al enano caído tras de ella, la medioelfa rápidamente volvió su mirada, pero no pasó mucho antes de que se arrepintiera con un escalofrío.

La presencia de Elmina, que hasta ahora había permanecido oculta en las sombras, había explotado hasta convertirse en algo que solo podía describirse como «monstruoso».

El simple contacto visual con ella hizo que Feena retrocediera instintivamente.

—Muy bien. Si desean «lucha», entonces los desmembraré, los aplastaré y los convertiré en masas de carne. —Como si un gélido bloque de hielo se hubiera transformado en lava ardiente, los ojos de Elmina adquirieron un brillo afilado. Su cuerpo, antes elegante, ahora irradiaba una fuerza brutal, convirtiéndose en un arma letal.

Elmina había revelado su verdadera naturaleza, transformándose en el despiadado «Rey de la Guerra».

—¿¡Nnguuuuuuuuuhhhhh!/? —Garms se levantó, tambaleante. Corrió hacia Feena, que había sido su objetivo principal, intentando protegerla, solo para ser golpeado junto con ella.

El simple impacto de un golpe de puño lanzó a Garms y a la medioelfa contra una pared, pero Elmina no se detuvo. Continuó su ataque, descargando una serie de golpes despiadados.

A pesar del dolor y la sangre que salía de sus heridas, Garms permaneció firme en su posición, sirviendo como escudo, con sus gruesos brazos cruzados frente a él. Sin embargo, cada impacto de

Elmina desgarraba su armadura, su piel y su carne, haciendo que la sangre brotara sin cesar.

Ryuulu lanzó un cuchillo que sacó de su bolsillo, mientras Feena desataba un hechizo, pero el «Rey de la Guerra» evitó cada uno de sus ataques. No solo eso: sin dudarlo, sacrificó su hoja oscura agrietada por la presión de su propio poder y la arrojó. La hoja lanzada regresó con tal fuerza que se acercó peligrosamente al rostro de Ryuulu, produciendo un estruendo irreal mientras destrozaba la lira en pedazos.

El cuerpo de la elfa, protegido por su compañero, fue lanzado hacia atrás por la onda expansiva, rodando con fuerza por el suelo.

Era más fuerte que el enano.

Más veloz que el elfo.

Más feroz que la magia de la semielfa.

Un avatar de la guerra, personificación absoluta de lo que significa ser una «guerrera amazona». Incluso el Gran Laberinto, que seguía siendo destrozado por los efectos colaterales de la batalla, parecía gritar en agonía.

—¡A pesar de que somos tres «Candidatos a Héroe», está logrando contenernos sola...! —Desde el suelo, Ryuulu se levantó limpiándose la sangre que escupió, incapaz de ocultar su desesperación—. ¡Es increíble! ¡No puedo creer que Elmina, la guerrera amazona, sea una figura tan extraordinaria...! —Su evaluación, teñida de asombro y miedo, no era más que un elogio para la mujer.

El bardo feérico, con más de ochenta años de vida, estaba seguro de que la figura frente a él era el guerrero más fuerte que había conocido nunca.

Elmina, quien recibió la valoración de Ryuulu, respondió sin el menor atisbo de emoción:

—¿Sabes por qué no los había matado todavía? Porque eran útiles. Porque podía aprovecharlos.

Entre el grupo malherido, Garms apretaba los dientes con fuerza. No había mentira en las palabras de Elmina, y como guerrero, no había humillación mayor.

Por otro lado, Olna, quien aún no había comprendido del todo la verdadera fuerza y terror de Elmina, maldecía su ingenuidad mientras palidecía. Al ver a su «hermana» así, Elmina le dedicó una breve mirada antes de revelar su verdadero propósito:

—Porque ustedes pueden contribuir a proteger esta capital. Al «paraíso» que resguardará a Olna.

Feena, que escuchaba mientras apenas lograba mantenerse en pie con su cuerpo agotado, reaccionó con un leve estremecimiento.

Sus orejas puntiagudas se estremecieron.

—¿Por qué...? ¡¿Por qué te obsesionas tanto con Olna?!

—...Es simple. Olna es una guerrera amazona fallida. Si no la protejo, morirá.

Feena cuestionó con insistencia, y Elmina, como si intentara ocultar sus emociones, escogió cuidadosamente sus palabras.

—Tienes un hermano, así que lo comprendes, ¿verdad?

—¡.....!

Elmina buscó empatía. Feena no pudo negarle razón.

Ella también tenía un hermano sin talento para el combate ni las cualidades de un héroe, Argonauta, pero aun así siempre lo había colocado por encima de su propia vida.

Sin embargo, Feena nunca había considerado sobrevivir a costa de otros. Ni siquiera lo deseaba, porque sabía que eso era contrario a los ideales de Argonauta, quien siempre anhelaba salvar a «uno» o «diez».

Aunque compartía ciertas similitudes con Elmina, Feena no era, ni sería, como ella.

—Eso es...

Feena intentó replicar, pero antes de que pudiera terminar, la voz de Elmina la silenció. La guerrera, llena de intención asesina, rompió el silencio con un golpe.

—Ahora que sé que ustedes serán la causa de la ruina de este «Paraíso», no hay razón para dejarlos con vida. —El cuerpo de la mujer volvió a desaparecer.

Garms, incapaz de moverse con rapidez tras tantos golpes, intervino una vez más para recibir el ataque en lugar de Feena. El impacto brutal sacudió nuevamente el cuerpo del enano, haciéndolo volar junto con Feena, quien también fue arrastrada.

—El Minotauro es el escudo absoluto que protege la capital. Este es el único camino para defender el último bastión de la humanidad. ...No permitiré que el Paraíso que resguarda a Olna desaparezca.

—¡Pero eso es contradictorio...! ¡Este Paraíso ya está destinado a caer, sin importar si nuestra misión tiene éxito o no!

La guerrera amazona decía que su única motivación para pelear era mantener a su hermana con vida.

La voz de protesta vino de Garms, quien, con su barba manchada de sangre rojiza y oscura, acusó a Elmina.

—¡Solo quedan dos miembros de la realeza! ¡Si el Minotauro se libera de su control, destruirá esta ciudad!

Ante la inminente perspectiva de la ruina, Elmina respondió con total calma.

—Entonces, simplemente se usará la «cadena» con otro, y se ofrecerá un nuevo «sacrificio».

—¿Qué...?! —Feena no podía creer lo que acababa de oír.

Garms se sintió abrumado por el asombro, mientras que Olna sintió náuseas.

—¡Elmina, tú...!

—Lo único que quiero proteger es a Olna. Lo que pase con los demás no me importa.

El propósito de Elmina era extremadamente simple, firme y, sobre todo, afilado.

Si Argonauta deseaba la salvación tanto de «uno» como de «diez», ella, en cambio, solo buscaba la seguridad de solo «uno» en específico.

Como una guerrera sobresaliente, Elmina era, en cierto modo, más humana que cualquiera y, al mismo tiempo, más extrema que todos.

Elmina no dudaba porque ya había decidido a quién proteger.

Elmina no titubeaba porque no codiciaba más de lo necesario, habiendo elegido solo una cosa preciada.

El «Rey de la Guerra» era más cruel y pura que cualquier otra cosa. Su devoción estaba dirigida únicamente a su «amada hermana».

—...¿Es que acaso pretendes convertirte en la «heroína» de tu hermana? —preguntó Garms con ironía, frunciendo el ceño.

—¿La «heroína» de Olna? Puede ser. Si es necesario, aceptaré incluso ese título insignificante. —Elmina no rechazó el sarcasmo de Garms, sino que lo aceptó con calma.

En esta tierra llamada Paraíso, donde los «héroes» habían sido utilizados una y otra vez, ella se apropió del símbolo que representaban, atrayéndolo hacia sí misma.

—¡Incluso si debo entregar mi vida, seguiré protegiendo a Olna!

La única justicia que portaba resonó en el Gran Laberinto.

Deformada, pero inquebrantable ante cualquier interferencia, su voluntad era tan sólida que Feena y Garms vacilaron ante ella. Mientras tanto, Olna, la causa de esa desbordante justicia, mostró una expresión de profunda agonía.

Todo en lo que ella se ha convertido es culpa mía... si es así, entonces yo debo... Con ese pensamiento, tomó una decisión en secreto.

Sin saberlo Elmina, Olna, como si imitara a cierta «princesa», decidió actuar como Ariadna, quien había protegido a Argonauta en la ciudadela.

Con un movimiento furtivo, llevó la daga oculta en su regazo hacia su propio cuello.

Una amenaza que ponía su propia vida en la balanza.

La decisión de asesinar a la «hermana» que Elmina protegía con tanto afán.

Si dudaba, aunque fuera por un instante, la asesina, más rápida que un dragón, le arrebataría la daga, la inmovilizaría y la encerraría de nuevo en su «jaula de pájaro». Por eso, Olna abandonó toda vacilación. Ofreció su resolución a Feena y los demás, que seguían luchando, y se preparó para acabar con su propia vida en el siguiente segundo.

Moviéndose apenas para no alertar a Elmina, utilizó el cuerpo de Garms para crear un punto ciego y, de un solo golpe, intentó clavar la daga en su pecho. ...Fue entonces cuando, de repente:

—Jajá... jejeje...

Una pequeña risa, seguida de una mano que se extendió desde atrás, detuvo su intento de suicidio.

Sobresaltada, Olna se giró para encontrarse con el trovador, que hasta entonces había permanecido en silencio, sacudiendo los hombros mientras reprimía una carcajada.

—...¿Ryuulu?

El elfo, que le arrebató la daga y colocó una mano en su hombro, avanzó para ocupar su lugar frente a Elmina.

Mientras las miradas desconcertadas de todos se posaban en él, Ryuulu bajó ligeramente la cabeza, solo para levantarla enseguida con una risa ensordecedora.

—¡¡Ja... ja, ja, ja, ja, ja!! ¡Esto es ridículo! ¡No puedo evitar reírme!

Con gestos deliberadamente exagerados, como si se tratara de un bufón en escena, estalló en carcajadas.

Mientras Feena lo observaba con los ojos muy abiertos agarrarse el estómago de la risa, incapaz de comprender, Elmina mostró una leve, aunque evidente, irritación.

—...¿Qué es tan gracioso? —preguntó con frialdad.

—¿Proteger a Doña Olna pase lo que pase? ¿Sin importar lo que ocurra con los demás? Qué deseo tan egoísta. No te has dado cuenta de las lágrimas de quien deberías proteger.

El trovador, captando la atención de todos, esbozó una sonrisa.

—Eso es un sentimiento distorsionado. Podría decirse que es una «obsesión enfermiza». Eres la guerrera más fuerte que he conocido, y al mismo tiempo, la más débil. —Con una sonrisa fina y provocadora, muy poco propia de un elfo orgulloso, lanzó sus palabras—. Lo que sientes no es «amor». Es el capricho egoísta de un niño hambriento de una fantasía de amor... un «deseo de posesión» grotesco.

Y entonces, enfrentándose a la asombrada «Rey de la Guerra», reveló la «verdad».



«No debes morir».

Esas palabras fueron como un fragmento de estrella brillante hallado en el fondo de un mar helado.

Para un ser que solo conocía la lucha y la violencia, esas palabras representaron el único atisbo de calidez.

Las manos, cubiertas de sangre y heridas, sintieron la suave calidez de una caricia.

Desde un corazón congelado, brotó una solitaria lágrima.

Un alma amada por la soledad y el aislamiento dejó caer la corona de la guerra sin vacilación alguna.

Para alguien cuyo interior siempre estuvo vacío, esa única conexión con ese «uno» era más que suficiente.

Por eso, incluso después de que su forma de ser cambiara, sus acciones permanecieron inalteradas.

Aunque fue desterrada de su hogar y tuvo que trasladarse a otro lugar, solo los métodos variaron.

Eliminaba en las sombras a cualquiera que se acercara a ella. Se deshacía de los obstáculos.

Mataba meticulosamente, con cuidado, con dedicación, para protegerla.

Para evitarle sufrir una muerte horrible.

La mantuvo alejada de la muerte, siempre.

Porque eso debía ser la única fuente de consuelo en una época tan desesperada.

Ah, pero, ¿por qué?

¿Por qué ponía esa expresión tan triste...?

—¿Deseo de posesión? ¿Yo...? —Elmina repitió las palabras de Ryuulu, dejando que se deslizaran por sus labios.

Con el rostro mostrando una ligera incomodidad, su desconfianza fue recibida con la misma tranquila sonrisa del trovador.

—Ves, ni siquiera tú misma te has dado cuenta. No, estás fingiendo no darte cuenta. —De repente, su sonrisa, tan fuera de lugar, se hizo más amplia.

Con una ligereza inesperada, Ryuulu le dirigió una mirada amistosa.

—Lady Elmina, ¿puedo hacerle una pregunta? Hay algo que necesito saber.

—...No hay necesidad de preguntar. Tampoco tiene sentido que te responda. Ahora mismo, aquí, acabaré contigo. —La respuesta brusca no era más que una muestra de su molestia, nada más. Probablemente pensó que era una pérdida de tiempo. No parecía que sintiera peligro alguno.

Sin embargo, Elmina, casi por instinto, actuó con rapidez. Como si se tratara de romper un espejo que no permitiera mentiras, se lanzó hacia Ryuulu.

—En ese caso, me tomaré la libertad de preguntar por mi cuenta... —El trovador logró desviar apenas la hoja oscura reluciente de Elmina con la daga que le había arrebatado a Olna.

Ante la «Rey de la Guerra», un simple trovador no tenía oportunidad alguna. Cayó torpemente sobre su trasero —o tal vez

saltó hacia atrás intencionalmente para ganar tiempo y distancia— y desde esa posición, lanzó su pregunta.

—He escuchado que usted y Doña Olna provienen de la Nación Guerrera. ¿Es eso cierto?

—...¿Qué intentas decir? —Elmina se detuvo en seco.

El movimiento de Elmina, que había intentado continuar con la persecución, se detuvo.

La «Nación Guerrera» era una tierra sagrada para las amazonas, donde se libraban batallas mortales día y noche.

Era sabido por Feena y los demás que Elmina había sido una amazona hereje expulsada de ese lugar, según las palabras de Argonauta. Por lo tanto, era natural que su hermana Olna también tuviera ese mismo reino como su hogar.

Sentada sobre las losas de piedra que cubrían el suelo, Ryuulu, en lugar de la lira rota, deslizó la hoja de la daga con los dedos.

—¿Qué? Yo soy un trovador errante, un elfo tan ligero como el viento. Por lo tanto, curiosamente, he estado en ese país alguna vez.

—¿¡Eh!?

—¡.....!

La que reaccionó sin querer fue Feena, mientras que el rostro de sorpresa de Olna se reflejaba claramente.

Ignorando a las demás, Ryuulu, mientras movía la daga de un lado a otro, se rio de forma burlona.

—He pasado por varias situaciones peligrosas, hasta mortales, y muchas otras cosas, pero las omitiré por ahora... —Se levantó y, sin sonreír, miró fijamente a Elmina, cuya expresión se asemejaba a la de su «hermana pequeña»—. El nombre «Elmina»... me había estado inquietando. En esa Nación Guerrera, escuché algo similar.

Mientras Garms, con dudas en su mente, escuchaba en silencio, el trovador pronunció cada palabra lentamente, saboreándola, como si fuera una canción de cuna.

—Y ahora, finalmente lo recuerdo. «Elmina» es simplemente una pronunciación humana.

Elmina intentó pisar el suelo con fuerza.

Ante la situación inesperada, su corazón gritó en su interior.

No debía dejar que continuara.

Tenía que matarlo.

Detener la respiración de ese elfo.

Sin embargo, antes de que su intención mortal pudiera atravesarlo, Ryuulu reveló su «verdadero nombre».

—En el lenguaje de las Amazonas, tu nombre verdadero en la Nación Guerrera es... «Rey de la Guerra».

—¡¡!! —Los ojos de Elmina se abrieron al máximo, sorprendida.

—La Amazona más fuerte de la historia de ese reino. Los himnos que te alababan y temían resonaban siempre en el país. —La mirada del elfo parecía reflejar escenas del pasado, como si se alejara un instante.

Gritos y vítores. La euforia de los guerreros resonaba en la arena manchada de sangre.

Bajo la bendición de todos, solo una persona se erguía sobre un montón de cadáveres: una joven de cabellera negra.

—«Wega»... «Tú eres la verdadera guerrera», decían.

Conteniendo el aliento, oculta tras la sombra de una columna, observaba en secreto la escena en la arena. La figura de la joven, cuya cara apenas podía distinguirse, ahora se superponía con la mujer que estaba frente a él.

Garms, incrédulo, no pudo evitar intervenir al final.

—¡Imposible, ¿es esto cierto?! ¡¿Cómo es posible que una persona tan destacada haya abandonado su país y se haya refugiado en una ciudad de humanos?!

—Eso ocurrió porque ella era demasiado fuerte... Incluso en la Nación Guerrera, donde la fuerza es la justicia absoluta, ella era demasiado: una hereje.

Ryuulu habló de la historia de la «Rey de la Guerra», cuyos logros en el campo de batalla se estaban convirtiendo en una leyenda, mencionando los detalles de lo sucedido.

—La reina de la época, con un miedo tremendo hacia ella, la expulsó del país e intentó matarla. Pero parece que fracasó en todo eso...

—Entonces, ¿Elmina fue expulsada de su hogar y llegó a la capital...?

—Probablemente. Sin embargo, surge una duda. —Ryuulu asintió hacia Feena, pero su mirada seguía fija en Elmina—. El Rey de la Guerra... Elmina no tiene una hermana, mucho menos hermana menor alguna.

—¡¿Qué?!

Elmina se congeló.

Era como si hubiera despertado de un sueño que había estado persiguiendo durante tanto tiempo, incapaz de aceptar la fría realidad.

—¡¿Qué-qué significa eso?! ¡¿Cómo que no tiene hermana?!

—En realidad, ya no tiene. Ella misma mató a su única hermana con sus propias manos.

—¡¿Qué?! —La respuesta a la pregunta fue un golpe brutal para Feena y Garms.

—En la Nación Guerrera, el lugar sagrado donde las Amazonas luchan día y noche... en medio de su «ritual», el Rey de la Guerra mató a su propia hermana.

Esa era una tradición abominable en la Nación Guerrera.

La tierra sagrada de las Amazonas, donde libran batallas mortales y entrenan sin cesar, lleva a cabo un «ritual» en el que la lucha a vida o muerte es el medio para forjar grandes guerreras Amazonas.

A pesar de la abundancia de monstruos en estos tiempos, la Nación Guerrera no abandonó su «ritual», sino que capturaba monstruos y los convertía en presas para la lucha. Las guerreras de su país probablemente todavía están hoy, ofreciendo sangre y entrañas al dios de la matanza que reside en el cielo.

El verdadero propósito del «ritual» radica en desprenderse de las emociones.

Eliminando no solo a compañeros, sino incluso amigos o familiares, luchan entre sí para limpiar con sangre la ira y la tristeza, despojándose de los sentimientos, y forjando un ser puro de fuerza. Esta es una tradición creada por una doctrina cerrada en un país aislado.

Este hábito perduraría en el futuro lejano, mientras la Nación Guerrera siguiera existiendo.

—Entonces, ¿quién es esta «hermana» que dices que estás protegiendo? ...Eso es sencillo.

Mientras Feena y los demás estaban atónitos, Olna permaneció en silencio.

Cerró los ojos con fuerza, sin decir una palabra.

Ryuulu, dejando de lado su sonrisa, se acercó finalmente al núcleo de la cuestión, clavando su mirada con intensidad y apuntando con la punta de su daga hacia Elmina.

—Ustedes son «hermanas falsas». No tienen ningún vínculo de sangre, son completas extrañas.

—.....

—Si me permites añadir, Doña Olna ni siquiera es una amazona, ¿verdad? Yo, que he tenido más interacción con su especie que con la mayoría de los humanos, puedo verlo.

Elmina no replicó.

No movió ni un dedo.

—Ella no es una amazona, es solo una humana.

—..... —Olna, al mirar de reojo a Ryuulu, respondió con un silencioso asentimiento.

La piel morena de la joven no era característica de su especie, sino que la había heredado de su madre humana.

—Pe-pero... entonces, ¿por qué ambas se hacían pasar por «hermanas»?

—Bueno, tal vez necesitaban una «tapadera» para ocultar algo... pero eso no es algo que me concierna. Y ahora, no importa en lo más mínimo. —Ryuulu, restando importancia a la pregunta de Feena, ya había descubierto la «verdad». Su mirada, llena de sabiduría, no se dirigía hacia la falsa hermana, sino hacia la falsa hermana mayor—. No importa qué intenciones haya detrás de esto, lo cierto es que para Lady Elmina, Doña Olna sigue siendo «especial».

Elmina tembló, incapaz de decir una palabra.

—Lady Elmina, su mundo solo se mantenía en pie por la presencia de Lady Olna.

—¡Cállate! —La rabia comenzó a arder en su interior.

—Si no fuera por ella, no habrías sido capaz ni de mantener el equilibrio en tu corazón.

—¡Cállate! —La desesperación hizo que su voz saliera como chispas ardientes.

—Esos deseos de protección tan intensos... eran por la hermana perdida, ¿no? La viste en Lady Olna... —Ryuulu seguía hablando sin preocuparse por las palabras que pasaban desapercibidas. Cuando estuvo a punto de revelar la verdad...

—...¡Te mataré! —Elmina, desbordada por una rabia e intención asesina incontrolable, atacó con furia.

—¿¡Qué!?

—¿¡Ryuulu!?

El cuerpo del elfo fue lanzado por el aire violentamente por el golpe.

Feena gritó al ver el ataque, que normalmente habría sido mortal, pero Ryuulu, aún tirado en el suelo, se levantó lentamente.

Su postura y su fuerza eran inestables, como si la emoción lo hubiera guiado en lugar de su habitual precisión.

La potencia mortal que la «Rey de la Guerra» presumía ya no estaba presente.

El bardo, al desvelar la oscuridad que llevaba la mujer en su interior y al ser humillada en su corazón, aceptó el precio del golpe recibido. El trovador, tambaleante, se levantó, mientras Elmina, con la respiración entrecortada, se descontrolaba.

—Mi hermana es Olna. ¡Mi única hermana es Olna!

Sus palabras, llenas de desesperación, resonaban en vano por el pasillo hecho de frías piedras.

Se tomó la cabeza con la mano derecha, como si tratara de arrancarse el cabello, y luego la movió con furia, agitándola repetidamente.

—¡Mi hermana no intentó matarme! ¡Yo nunca maté a mi hermana!

El pasado que había caído sobre la mujer no desaparecía.

La verdadera hermana, sumida en la fuente de sangre, no dejaba de mirar a la niña pequeña con sus ojos vacíos.

Por más que gritara, el final que había deseado nunca se haría realidad.

—¡Yo, nosotras somos...!! —Las emociones que había reprimido resurgieron.

La asesina, que se había mantenido indiferente hasta ese momento, perdió la máscara, y aunque su cuerpo estuviera cubierto de sangre, no cambiaba su expresión. Fue entonces cuando la culpabilidad de haber matado a su «verdadera hermana» se apoderó de su mente y cuerpo, y la estabilidad de Elmina, tanto física como mental, se desmoronó.

—...¿Ese es tu «dolor» que tanto habías escondido?

—¡.....! ¡Uuuuaaaaaaaaaaaaaahaaa!!

En los ojos de Garms, llenos de compasión, Elmina finalmente explotó de furia.

Quiso destruir todo lo que amenazaba su mundo, lanzándose al ataque sin preocuparse por nada, descontrolándose por completo.

Solo Olna la observaba, sujetándose el pecho.



Su encuentro fue fortuito.

Cuando aún vivía mi madre, antes de que conociera la desesperación.

Apareció ante mí, como una figura hecha jirones, cubierta de heridas.

En la ciudad de Lakrios, que era amada porque en ella existían muchas fuentes y donde el agua fluía, la ciudad se beneficiaba del agua pura que la alimentaba. Ella, cubierta de sangre, llegó arrastrada desde fuera de la ciudad, como un río que llega al mar.

Los soldados de la guardia, al verla casi sin fuerzas y atacada por asesinos, intentaron matarla.

Yo los detuve en un abrir y cerrar de ojos.

En ese momento, vi las lágrimas en su rostro.

Sentí el frío de las manos que la rodeaban.

Supe que ella estaba «sola».

Desde ese día, no importaba cuánto la odiara, no importaba cuánta rabia sintiera.

Al final, ella...



—¡¡Ahhh, ahhh, aaaaaaaaahhhh!!

Los puños cortaban el aire y rompían las paredes, mientras los pies, al saltar sin control, destruían el suelo.

La piel se rasgaba, y la sangre goteaba.

La fuerza que perdió el control hería a la propia mujer.

Como una bestia que intentaba aplastar todo lo que se acercaba, Elmina repetía sus ataques.

—Sus ataques están descontrolados... La cruel ferocidad ha desaparecido de ella.

Sin embargo, Garms y los demás esquivaban fácilmente los bloques de destrucción que eran como pequeñas tormentas.

Elmina, desbordada por los recuerdos de heridas pasadas, se descontroló por completo, sin ser capaz de enfocar sus objetivos. No se había percatado aun de que Garms estaba tomando distancia, y movía sus manos y pies como si intentara ahuyentar un fantasma. La amenaza que representaba el «Rey de la Guerra» se había perdido.

—Elfo. Tú, desde el principio, buscabas esto, ¿verdad?

—Este tipo de «truco» normalmente los hace Don Ar... pero, en nuestra situación, no podemos ser tan selectivos con nuestros métodos. Con mi lengua, he logrado poner una grieta en su «armadura».

Si tuviera el conocimiento previo sobre el pasado del Rey de la Guerra, seguramente Argonauta habría neutralizado a Elmina mucho más rápido y con mayor destreza.

Ryuulu, mordiendo un trozo de su ropa rasgada, enrolló un vendaje sobre su brazo izquierdo sangrante. Después de mostrar un leve atisbo de autocrítica y pesar hacia Elmina, se recompuso y sonrió con determinación.

Ante él, Garms, reconociendo la habilidad de sus palabras, resopló en señal de admiración.

—Hablas y engañas como un temible «trovador»... Para mí, tú y ese payaso son de la misma especie.

—Qué palabras tan duras llegan a mis oídos. Vaya, eso duele. ...Entonces, Sir Garms, ¿te importaría escucharme una solicitud mientras estamos en ello?

Aunque se sentían culpables de desentrañar el pasado, los «Candidatos a Héroe» no tenían intención de dejar pasar esta oportunidad.

Ryuulu, dispuesta a despojarse de la misericordia por el bien de Argonauta, formuló su petición.

—Ahora que ella está descontrolada, si los de primera línea la sujetan, podremos ganar tiempo. Te pido que la retrases. Yo atraeré la «oportunidad» de la victoria.

—...Está bien. Te seguiré el juego con tu «engaño».

Al sentir el aumento de su «poder mágico» que, aunque sutil, era una capacidad de los enanos, Garms asintió.

Como inspirada por ellos, Feena también soltó la mano que había estado sosteniéndose con la derecha.

—¡Yo también...! ¡Aunque mi brazo esté roto, puedo lanzar magia!

—¡Bien, vamos allá!

Garms dio un paso adelante y Feena comenzó a recitar su hechizo.

Cuando el enano atacó de frente, Elmina reaccionó con la velocidad de una bestia. La lucha entre la amazona, que había arrojado su arma por la confusión, y el enano comenzó como un feroz combate cuerpo a cuerpo.

Descontrolada, guiada solo por sus instintos y sin utilizar la precisa habilidad marcial que presumía la nación guerrera, Elmina no logró aprovechar sus ventajas. A pesar de estar en desventaja y herido, Garms siguió luchando, mientras Feena proporcionaba apoyo mágico, lo que permitió que, como había planeado el elfo, Elmina quedara finalmente controlada.

Aprovechando esa valiosa oportunidad, Ryuulu comenzó a tejer tranquilamente el «hechizo».

—«¡Responde al pacto, aliento de vida! ¡Obedece mis órdenes y otórgame protección! ¡Habita, poder del viento, rey del tifón! ¡Aquí se teje el himno!». —Recitó ocho versos.

Como una brisa suave, sin agresividad, pero rápida.

La invocación tejida sin interrupciones alcanzó el nombre del hechizo con una velocidad tal que sorprendió a Feena.

—«¡Viento Felicitad!»

En un instante, se desató un viento verde profundo.

Cuando Elmina cubrió su rostro con el brazo ante el viento mágico que traía luz, la bendición del viento llegó a Garms y Feena.

La oleada de poder que les envolvió hizo que ambos abrieran los ojos sorprendidos.

—Esto es... ¿un «hechizo de mejora»?

—¡Es uno de los «hechizos» que yo no pude aprender... ¡un arte de los elfos que convierte a cualquiera en un guerrero poderoso! ¡Increíble, Ryuulu!

—La invocación es larga y el efecto es breve, por lo que es difícil de usar en muchas situaciones... —Frente a la sorpresa de Garms y la admiración de Feena, Ryuulu se tocó el ala de su sombrero y sonrió—. Si es para derrotar a un «Rey de la Guerra» dudoso, puedo desplegar todo el poder de este hechizo sin reservas.

—¡Si podías hacer esto, debiste haberlo mostrado desde el principio! ¡Pero ahora...!



Con una sonrisa que surgió de la indignación, Garms avanzó con fuerza, ahogando una maldición.

Entonces, el cuerpo pesado del enano, como impulsado por el viento, se transformó en una ráfaga que se abalanzó sobre Elmina.

Mientras tomaba por sorpresa a la mujer, un fuerte golpe de viento la alcanzó.

—¿¡Ghh...!?

No solo la velocidad, sino también el poder de ese golpe había sido incrementado.

Ni con la defensa de sus brazos pudo detenerlo, y el cuerpo de Elmina voló como una hoja arrastrada por el viento.

Al verla estrellarse contra la pared, Olna murmuró asombrada.

—A mandado a volar... ¿a Elmina?

—La situación se ha invertido. Con tantas estrategias preparadas, finalmente...

Ryuulu, que estaba agotada por el uso de tanto poder mental, trató de ocultar su fatiga mientras hablaba, mientras Elmina, separándose de la pared, avanzaba dando dos o tres pasos.

—No ha terminado... ¡Esto no es nada...!

Aún sacudida por la confusión y el conflicto interno, la mujer no había perdido su voluntad de luchar.

Con la sangre fluyendo desde su cabeza y cayendo por su frente, Elmina miraba fijamente a Garms y a los demás con sus ojos afilados.

—¡Voy a proteger a Olna...! Aunque no compartamos sangre, Olna es... ¡yo soy...!

—.....

Esas palabras obsesivas que repetía con tal determinación habrían hecho sentir escalofríos a cualquier persona común. Sin embargo, Feena desechó el miedo y miró a Elmina en silencio.

—Ya entiendo. Así que era por eso... Por eso me hiciste esa pregunta en aquel momento... —El sentimiento de comprensión la llevó a recordar los eventos recientes.

Antes de ser enviada al cadalso en la capital, la conversación que tuvo con Elmina en la celda.

«Tú y ese payaso... están conectados. ¿Por qué, si no comparten lazos de sangre... cómo logran estar unidos?»

Al recordar lo que sintió en ese entonces, Feena llegó a entender la verdadera intención de la pregunta de Elmina.

—En ese momento, sentí una sensación de «déjà vu»... Sentí «empatía» por ti. Así como yo no comparto sangre con mi hermano, tú y Olna también son «hermanas» aunque no compartan sangre. — Mientras se perdía en esos recuerdos, Feena abrió los ojos—. Pero... esto es lo que puedo decir con claridad: estás equivocada.

—¿¡Qué...!?

—¡¡Porque tu «hermana» no está sonriendo!! —Frunció el ceño y señaló claramente lo que consideraba un error—. ¡Mi hermano no es como tú! ¡Él siempre está sonriendo, siempre hace reír a los demás! ¡Odia las lágrimas!

Los días con Argonauta hasta ese momento volvieron a su mente.

Perdió a sus padres, y al principio, Feena solo lloraba, pero ese niño amable siempre le secaba las lágrimas. Se hacía el tonto, hacía imitaciones graciosas, y una y otra vez, se sacrificaba para que la tristeza de Feena se disolviera en sonrisas.

—¡Siempre me hace reír! ¡Comparte conmigo su alegría y felicidad!

Era el hermano de quien se enorgullecía. Su hermano querido. La persona más importante para ella.

Feena estaba agradecida por haberlo conocido.

Por eso, comenzó a llamarlo «hermano», aunque no compartieran sangre.

Quería devolverle toda la felicidad que él le dio, o incluso más.

—¡Pero tú no eres así! ¡Lo que tú haces es solo egoísmo! ¡Le impones tus deseos a Olna!

Al ser reprendida por Feena, quien se encontraba en una situación y relación similar, la expresión de Elmina se agrietó como nunca antes.

—¡No haces más que atar a Olna con tus propias «cadenas»!

—Cállate... ¡¡Cállate, cállate, cállate, cállateeee!!

No solo la princesa estaba atada con frías «cadenas», sino que Olna también lo estaba.

Con la verdad, sacada a la fuerza de su obsesión, atravesando su mente como una daga, Elmina se desbordó de rabia.

Saltó sobre Feena, la derribó al suelo y la agarró por el cuello.

—¿¡Ugh!?

—¡Solo quería proteger a Olna! ¡Solo quería protegerla! ¡Por eso! ¡Solo eso!

Gritos confusos y sin sentido estallaron, llenos de descontrol.

La mujer, que solo conocía la vida como «Rey de la Guerra», estaba terriblemente equivocada, irremediablemente distorsionada y pura en su error. El «miedo a la muerte» era lo único que la definía, y lo único que podía hacer era alejarse de ella.

En sus ojos, que aparentemente estaban vacíos, se reflejaba una tristeza, y al igual que una gota de agua, la expresión de Feena, que estaba de espaldas, también se llenó de tristeza.

—¡¿Por qué?!!

Un grito doloroso, como el de un niño que nunca conoció el amor.

Feena no tenía una respuesta que ofrecer.

En su lugar, lo que respondió fue el puño de la guerrera.

—¿¡Gah!?

—Ya no tienes tu «armadura» para protegerte. La cruel asesina ya no existe.

Elmina fue golpeada con fuerza desde arriba de Feena.

Garms, cubierto de sangre, deseaba el fin de la batalla.

El fin de la lucha para cortar la obsesión de la mujer.

—Prepárate, amazona. Aquí es donde decidiremos esto.

—¿¡Ugh... uaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhhh!?! —La amazona, sin rumbo y con el cabello desordenado, saltó hacia él, medio frenética.

Garms también corrió hacia ella y desató su puño enrojecido con fuerza.

Justo cuando sus cuerpos iban a chocar, lo que estalló fue el golpe del enano, envuelto en viento.

—¿¡Gahhh, ah.....!?! —El cuerpo de Elmina, golpeado en el centro del pecho, rodó por el pasillo.

El golpe definitivo que alcanzó su núcleo.

Rebotó varias veces en el suelo de piedra antes de que su cuerpo finalmente se detuviera. Aun así, la mujer seguía moviéndose, retorciéndose.

—...¡Todavía...! ...¡Yo todavía...!

—... ¿Aún se va a levantar?

—Ella también es una guerrera obstinada...

Garms y Ryuulu murmuraban, con un escalofrío, mientras veían a Elmina, que, arañando el suelo con sus uñas, intentaba levantarse con su cuerpo convulsionado.

Arrastrándose, con el velo manchado de sangre, Elmina se puso de pie con dificultad, temblando.

—¡Yo, Olna...! ¡Solo a Olna...!

—...¡Basta ya, Elmina!

—¡!

En ese momento...

Olna, quien había estado observando en silencio con las uñadas clavadas en sus brazos, corrió hacia Elmina.

—Sabía lo que sentías... mataste por mí y me protegiste...

La joven tenía un «secreto».

Había quienes en el castillo querían hacerse con ese «secreto». Elmina había eliminado a aquellos que intentaban hacerle daño a la joven. Sin eso, tal vez la chica no estaría allí en ese momento.

Fue también por esa época cuando Elmina, aliada con el rey, creó la «jaula» para la joven.

—Te odiaba... por matar gente por mí... —Frente a la dañada y herida Elmina, tras dudar varias veces, Olna confesó la «mezcla de amor y odio» que ella misma no podía manejar—. Pero no pude detenerte. Lo habías perdido todo. Pensaba que yo no podía hacer nada... Y sobre todo, temía que si te detenía, tu corazón se rompiera...

—¡.....!

—Temía que realmente pudieras quedarte «sola», eso pensaba.
—Lo que recordó fueron las preguntas y respuestas que le había hecho a cierto payaso.

Todavía no sabía cómo acercarse a ella. Así lo dijo Olna.

Transmitir lo que quería decir con una mirada directa. Eso era todo. Así lo había dicho Argonauta.

Siguiendo su consejo, Olna miró fijamente a Elmina, con los ojos llenos de la misma expresión.

Ambas, sin conocer el calor de otro ser humano, compartían la misma mirada.

Las palabras de Olna llegaron por primera vez a Elmina, quien contenía la respiración.

—Pero, ya está bien. Ya está bien, Elmina...

Fue entonces cuando Elmina se dio cuenta por primera vez de que el corazón de la joven aún lloraba.

—No quiero vivir en una «jaula». Quiero seguir el camino que elegí... es por eso.

Tras desvelarse el pasado, perder su armadura protectora y ver cómo sus obsesiones se resquebrajaban, la amazona que había rechazado rotundamente la «muerte de Olna» tenía que aceptar la «vida de Olna».

De lo contrario, como había señalado Feena, seguiría ahorcando a Olna con las frías cadenas hasta matarla.

—Gracias por protegerme hasta hoy... Elmina.

—..... —Ante las primeras palabras de agradecimiento que escuchaba de su «hermana», la fuerza de Elmina desapareció.

Como una marioneta con los hilos cortados, su cuerpo cayó de rodillas al suelo, abandonando toda intención de seguir luchando.

—...Doña Olna, Lady Feena, por favor, sigan adelante. Como pueden ver, nosotros estamos gravemente heridos y no podemos movernos.



—Es de lo más lamentable, pero... ya no puedo moverme ni un paso más.

Con la batalla finalmente terminada, Ryuulu y los demás sintieron cómo se rompía la tensión.

Ryuulu se apoyó contra la pared, apenas evitando caer, mientras que Garms, quien había sufrido las peores heridas, se agachó de manera firme, como si estuviera preparando su cuerpo para mantenerse erguido.

Aunque su brazo derecho estaba roto, Feena y la ilesa Olna, que habían sido protegidas por Garms en la retaguardia, eran las únicas calificadas a seguir adelante.

—Por favor, salven a Don Ar, ayúdenlo.

—Ryuulu... ¡Está bien! —Con una firme expresión, Feena asintió mientras Ryuulu le prestaba la vaina de su espada, que usó como un improvisado apoyo para su herida.

—Elmina...

Al salir del lugar junto a Feena, Olna pasó junto a la mujer y susurró.

—La próxima vez, si nacemos de nuevo... espero que realmente podamos ser hermanas.

—¡¡.....!!

El rostro de Elmina se distorsionó con la sensación de lágrimas.

Sin esperar respuesta, Olna continuó caminando junto a Feena hacia las profundidades del Gran Laberinto.

El eco de sus pasos distantes se fue apagando.

—...Esta lucha, no tiene sentido. —Con la cabeza gacha, Elmina murmuró con desesperanza—. No es nada más que una lucha por derrotar a un solo toro furioso... no es más que eso.

Era la verdad.

Esta «cacería de toro» no era una guerra sagrada para salvar al mundo.

No importaba cuánto sudor, lágrimas y sangre se derramaran, ni siquiera si lograban derrotar al toro; la era de la desesperación no terminaría.

Lo que aguardaba después era una infinita horda de monstruos.

La invasión de los monstruos que brotaban del «Gran Abismo» en el extremo del continente no cesaría.

—Incluso si superan esto... ustedes morirán. Olna y nosotros... no tenemos futuro. —Con una mirada vacía y sin fuerza, Elmina predijo el futuro en lugar de Olna mientras observaba el suelo.

—No, sí que tiene significado. —Sin embargo, Garms negó esas palabras.

—El camino que hemos abierto será seguido por nuevos Héroes que se alzarán y asumirán el peso de esta era. —Ryuulu, mientras tanto, recogió los restos de su lira rota y, acariciándola con ternura, añadió—: Eso es lo que significa el «Mito de los Héroes»... ese futuro que ese payaos anhelaba.

Ignorando la expresión de asombro en el rostro de Elmina al levantar la vista, Garms miró hacia lo alto y esbozó una sonrisa.